**Domingo XXX del tiempo ordinario –ciclo B-**

***¡Cuando sentimos que Dios está a nuestro lado y experimentamos el amor y la libertad que nos da, no podemos dejar de gritarlo al mundo entero,***

***por más que haya gente que quiera hacernos callar!***

Si el domingo pasado el mensaje de la Palabra nos hacía descubrir el modo de vivir en el reino de Dios, y lo que significa ejercer el poder en ese resino: servir. Este día del Señor, la comunidad está llamada a abrirse paso entre la multitud de gente y de cosas que nos impiden acercarnos al Dios que pasa a nuestro lado, dejar que él se acerque y nos libere. Veremos, sin embargo, que allí donde el reinado de Dios se está realizando es imposible quedarse en silencio y no gritar de gozo o de esperanza, o de desesperación, incluso, ante la idea de perderlo. La cercanía de Dios en nuestra vida es liberadora, iluminante; congrega y dignifica a cada persona integrándola en la comunidad de los que se saben y se sienten salvados. El hilo conductor entre las tres lecturas es, una vez más, la elección. Lo importante es saber por quién, para qué y con quienes hemos sido elegidos/as. Descubriremos cosas asombrosas: Dios elije lo que el mundo desprecia. La Misericordia se hace fuerte en la más grande de las miserias. Y, pese a lo grandes que creamos ser, de poco vale nuestra grandeza si no es mirada a través de los ojos de la Divinidad salvadora.

[Siendo tan cortos los textos, no me resisto a incluirlos. Son, sin duda, lo más importante de estas páginas de reflexión o comentario: la Palabra que Dios nos dirige.

**1ra. Lectura*: Jeremías 31, 7-9:***

* La invitación del profeta está hecha a todos los pueblos de la tierra, y el pueblo por el que hemos de alegrarnos no es sólo el antiguo pueblo de Israel (*Jacob*), que ni siquiera era tal. Se trata de una llamada a experimentar la universalidad del actuar liberador y salvador de Dios.

¿A todos los pueblos, a todas las gentes? Pues sí. A todos los pueblos y a todas las gentes que sufren hoy situaciones tan antiguas como actuales de represión, violencia, guerra… En el corazón de la Misericordia divina ellos son los elegidos, porque son también los sufridos y despojados. Sus criterios de “elección” no son los nuestros, los que manejamos cada día. La elección de Dios recae sobre el “resto”: el pequeño grupo que se ha mantenido fiel en medio de la desgracia. El grupo que regresa a la tierra de la que salieron deportados, perseguidos por la guerra, hambrientos y heridos; ellos/as son los que están llamados a reestablecerse en el *lugar de paz*. Salieron con llantos y dolor, regresan con gritos de júbilo y de alabanza, de alegría incontenible… Los que creemos débiles son los fuertes: los que caminan entre fango y espinos, hambrientos, enfermos, indeseados…, esa multitud errante, miles y miles de desplazados por la violencia y la guerra, que cruzan hoy “nuestras” fronteras, cada vez más hostiles; hombres, mujeres, niños, ancianos que huyen de la desesperación, del hambre y de la muerte (sirios, afganos, iraquíes…) ¡Cómo desearíamos verlos de regreso a su tierra, dando saltos de júbilo: libres y redimidos de todos sus sufrimientos…! ¡Señor, salva a tu pueblo! ¡***Hoy***!

***Salmo 125: “El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres”.*** Este es el testimonio que damos como pueblo que se sabe salvado y llamado a vivir en medio del mundo como testigo de la misericordia del Dios que salva y redime. Hagámoslo por convicción y porque lo sentimos en las entrañas de nuestra historia, pese a todos los signos de opresión y de muerte que nos rodean.

***2da. Lectura: Hebreos 5, 1-6***

* El sacerdocio de Cristo es reconocido por aquellos convertidos del judaísmo que pertenecen o están muy cerca del sacerdocio del Templo, como diferente y superando absolutamente la misión de éstos. *“Todo sacerdocio es elegido entre los hombres para representar a los hombres ante Dios”* Cristo, en cambio es El elegido para representar a Dios entre los hombres.

El ministerio sacerdotal en nuestra Iglesia es puro don: llamada a ser testigos y servidores de la misericordia divina, y *“nadie puede arrogarse este don si no es llamado por Dios”*, de modo que nada de lo que ufanarse o de lo que engreírse, más bien, mucho que agradecer. Solo en la medida que sabemos servir a los demás, haciéndoles sentir el perdón y la compasión divina, realizamos la misión a la que hemos sido llamados en Cristo. Todos los bautizados en Cristo participamos de su sacerdocio. Seremos dichosos en la medida que lo ponemos en práctica y sentimos como dirigidas a nosotras/os esas palabras: *“Tú eres sacerdote eterno, a la manera de Melquisedec”*. Por cierto, un personaje extraño y emblemático ese Melquisedec, que acoge al errante patriarca Abrahám y lo orienta en su camino. Si hemos sido llamadas/os a compartir con Jesucristo su misión salvadora es que hemos experimentado la llamada y la acogida de Dios en nuestra vida. ¡Dichosos, pues!

***Evangelio: Marcos 10, 46-52***

* En primer plano, Marcos nos muestra hoy a un Jesús que es misionero itinerante. Durante mucho tiempo permaneció actuando como un hombre más del pueblo; buscándose la vida de la mejor manera posible, saliendo de su pueblo Nazaret y estableciéndose, al parecer, en una ciudad más grande y con mayores perspectivas de trabajo: Cafarnaúm: “*Entró Jesús otra vez en Cafarnaúm después de algunos días; y se oyó que estaba en casa”* (Mc 2,1).

Pues bien, ahora está en plena actividad, le urge la proclamación de la llegada *del reino de Dios.* Lo siguen sus discípulos y mucha gente. Pero, lo interesante de este texto es, una vez más, el encuentro en el camino. Un ciego, el hijo de Timeo (Bartimeo), mendigo, para más señas, descubre en medio de la oscuridad la oportunidad de su vida. ¿Cómo no aprovecharla? Se hace oír, grita, cada vez con mayor fuerza, no sea que el Maestro y Sanador de Nazaret pase de largo. Bartimeo está dispuesto a vencer todas las dificultades y todos los obstáculos, vengan de donde vengan… Y vienen, precisamente, de los que tiene más cercanos a él y de los que están más cercanos a Jesús. Para su bien, Jesús mismo escucha su grito y lo hace llamar.

Los seguidores de Jesús son los elegidos para ayudar al Maestro en su labor, pero, no siempre están dispuestos, ni entienden la misión. Están preocupados de Jesús y no de lo que Jesús hace. Mal asunto…Cuando los dos, el ciego, que reconoce su ceguera y quiere liberarse de ella y Jesús, están frente a frente, el diálogo es de lo más elocuente: *¿“Qué quieres que haga por ti?”*... *“Maestro, que vuelva a ver”.* La respuesta final, en el evangelio de Marcos, resulta casi extraña: *“Anda, tu fe te ha salvado”.* Cuándo entenderemos que no es el Dios milagrero el que nos salva, sino nuestra fe puesta en él, con una responsabilidad absoluta de nuestra parte. La fe salva. Quienes la tienen como verdadero don, y la practican, saben lo que eso significa.

Me cueste lo que me cueste, mi grito será: “¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!”. Porque sé que el siempre escucha y libera de la oscuridad de nuestros ojos, de los ojos de nuestro corazón.

***Trinidad León Martín, mc***